

## *Comedia auriburlesca: Postilas*

JOSÉ MANUEL CORREDOIRA VIÑUELA

Madrid-Morelia, Área de Teoría de la Literatura y Literatura  
Comparada de la Universidad de Alcalá-Unidad de Investigación  
sobre Representaciones Culturales y Sociales, UNAM, 2025

¿Para que nos vamos a engañar? Desde las barreras académicas se suele mirar con recelo, incluso con reparos mayores, a todo aquello que viene de fuera de los predios propios de la santa madre Universidad. Parece que quien anda fuera de ese coto no tuviera derecho a hacer lo que le viniera en gana, a estudiar aquello que le interese y que desde luego, si lo hace, actúa siempre como un aficionado que carece del más mínimo rigor metodológico, reservado en exclusiva a los que están integrados en la jerarquía de los clérigos y letrados. En fin, que, como se decía en el Siglo de Oro, todo queda en cosa de ingenios legos, ajenos a cualquier forma de latinidad. Craso error. Porque, a la libertad que cada menda tiene de hacer lo que considere y tornar su capa en sayo, se añade la certeza de que el conocimiento es la suma de todo lo que todos saben, venga de donde venga. Y en

cualquier caso, nos queda acudir la socorridísima sentencia que Plinio el Joven atribuía de su tío entrado en años: «Nullum esse librum tam malum, ut non in aliqua parte prodesset». Pero en el libro que nos traemos entre mano, *Comedia auriburlesca: Postilas*, hay mucho más de lo que se apunta en ese latinajo reticente, ya que constituye todo un desafío filológico, literario e intelectual de primer orden.

Quien lo ha sacado a plaza es José Manuel Corredoira Viñuela, que a su singular obra como escritor, ha añadido en los últimos años algunas aproximaciones a la literatura áurea, intentando siempre ahondar en el sentido y perfilar la literalidad de los textos en su propio contexto cultural y lingüístico. Como debe ser. A ese propósito respondían sus «Apostillas al teatro completo de Quevedo», publicadas en el número 25 de *La Perinola* (2021), y su más reciente ensayo *El Lazarillo*

*explicado a los eruditos con sencillez* (Odisea cultural, 2024). Han leído bien. Nada menos que el *Lazarillo* y don Francisco de Quevedo, dos piezas de caza mayor en la literatura hispánica preñados todavía de intrincados envites exegéticos.

Con este magno volumen de novecientas noventa y cinco páginas que publican la Universidad de Alcalá y Universidad Nacional Autónoma de México como número 25 de la colección «El Jardín de la Voz. Biblioteca de Literatura Oral y Cultura Popular», José Manuel Corredoira se enfrenta a un reto nuevo y por demás espinoso. Nada menos que las comedias burlescas. Como bien se sabe, la literatura de chanzas, puyas, agudezas e ingeniosidades constituye todo un laberinto de alusiones, juegos de palabras y guiños pensados para hacer reír, que habían de resultar tan evidentes para el público contemporáneo como impenetrables para los futuros lectores. La razón reside en que esa forma de humor tiene un recorrido corto en el tiempo: los referentes se pierden, los dobles sentidos se simplifican, los contextos son otros, y solo cabe reconstruirlos a tientas, acudiendo a la erudición y al propio ingenio.

En su prólogo al ensayo, Ignacio Arellano destaca esa dificultad

que entraña el propósito del autor, nacida de la misma naturaleza del género. La comedia burlesca ha de clasificarse entre las obras provocantes a risa, ya que se basaba en la acumulación de situaciones paródicas y disparatadas, grotescamente puestas en escena, en torno a las cuales se acumulaban motes, juegos de palabras, alusiones cortesanas, obscenidades y burlas escatológicas pensadas para un público culto, como el de la corte, que podía entender la sátira en toda su complejidad como parte de un entretenimiento bufonesco. A esa dificultad se añade una transmisión singular, limitada en la mayoría de los casos a un testimonio único, lo cual limita la posibilidad de detectar los errores por medio del cotejo a la hora de constituir el texto e interpretarlo.

José Manuel Corredoira se ha enfrentado a un corpus de cuarenta y cinco comedias y dos entremeses. Veinticinco de las comedias tienen autor conocido: *Céfalo y Pocris* de Calderón de la Barca, *El caballero de Olmedo* de Francisco de Montaner, *El hermano de su hermana* de Francisco Bernardo de Quirós, *La muerte de Valdovinos* de Jerónimo de Cáncer, *La mayor hazaña de Carlos VI* de Manuel de Pina, *Los siete infantes de Lara* de Jerónimo

de Cáncer y Juan Vélez de Guevara, *Los amantes de Teruel* de Vicente Suárez de Deza, *Amor, ingenio y mujer, en la discreta venganza* de Vicente Suárez de Deza, *El cerco de Tagarete* de Bernardo de Quirós, *El amor más verdadero*, *Durandarte y Belerma* de mosén Guillén Pierres, *La renegada de Valladolid* de Francisco Antonio de Monteser, Antonio de Solís y Diego de Silva, *Castigar por defender* de Rodrigo de Herrera, *Las mocedades del Cid* de Jerónimo de Cáncer, *Darlo todo, y no dar nada* de Pedro Francisco Lanini Sagredo, *El rey Perico y la dama tuerta* de Diego Velázquez del Puerco, *La gran comedia de Escanderbey* de Felipe López, *El mariscal de Virón* de Juan de Maldonado, *El muerto resucitado* de Félix Moreno y Posvonel, *La más constante mujer* de Juan Maldonado, Diego de la Dueña y Jerónimo de Cifuentes, *El más impropio verdugo* de Juan de Matos Frago, *El hidalgo de la Mancha* de Juan de Matos Frago, Juan Bautista Diamante y Juan Vélez de Guevara y *Llámenla como quisieren* de José Joaquín Benegasi y Luján. Otras veinte son anónimas o, como mucho, atribuidas con reparos: *La ventura sin buscarla*, *El comendador de Ocaña*, *El Hamete de Toledo*, *Cada cual con su cada cual*, *Las bodas de Orlando*, *Los ce-*

*los de Escarramán*, *Escarramán*, *Las aventuras de Grecia*, *El rey don Alfonso, el de la mano horadada*, *Angélica y Medoro*, *El castigo en la arrogancia*, *El desdén, con el desdén*, *El premio de la hermosura*, *Los condes de Carrión*, *Peligrar en los remedios*, *El premio de la virtud*, *Antíoco y Seleuco*, *No hay vida como la honra*, *La venida del duque de Guisa y su armada a Castelar* y *El robo de Elena*. Y quedan como remate los dos entremeses: *La infanta Palancona* de Félix Persio Bertiso y el *Entremés de Durandarte y Belerma* de mosén Guillén Pierres.

El punto de partida para la tarea que Corredoira se ha impuesto son las ediciones críticas que se han publicado de estas comedias burlescas, debidas en gran medida al grupo Griso de la Universidad de Navarra. El autor hace una lectura precisa de cada una de esas cuarenta y siete piezas para añadir, como se anuncia desde el título, apostillas y precisiones a la labor de edición y anotación realizada previamente por los editores. En algunos casos, como en *La infanta Palancona*, *entremés gracioso escrito en disparates burlescos* de Persio Bertiso, se añade un comentario global a la edición y a la orientación interpretativa de los editores antes de entrar en detalles. El mecanismo se reitera a lo largo

del libro: se transcribe un pasaje, se reproduce la explicación textual o conceptual que de él dan los editores y a continuación se realizan observaciones que complementan o contradicen lo que habían propuesto estos últimos. Esa tarea de comprensión precisa de los textos resulta extraordinariamente grata, por lo que tiene de desafío —quien lo probó lo sabe—, pero también implica un ánimo constante y recio, sobre todo, cuando, como es el caso, se aborda un corpus tan extenso y de una manera tan precisa.

La tipología y método de las enmiendas y observaciones es variada. Nos encontramos con precisiones que proceden de diccionarios y lexicografías, alternativas textuales nacidas del cotejo con otros testimonios, interpretaciones basadas en costumbres y referentes culturales, lugares paralelos con otras obras contemporáneas, sugerencias nacidas del conocimiento de la lengua áurea y opciones cuyo origen no es otro que el agudo ingenio del autor a la hora de interpretar los textos. La extensa y ambiciosa obra de José Manuel Corredoira se ofrece como una lectura apasionante y enriquecedora para quien se dedica a dilucidar sentidos en la literatura áurea y, cuando menos, curiosa y entretenida para el lector de a pie.

Quizás, pensando en este último, hubiera convenido que el autor prologara su tarea con unas páginas en las que hubiera dado cuenta de su propósito, de las fuentes de las que se ha servido, la metodología, la disposición de las apostillas o de la organización del libro en su conjunto. En ocasiones, también hubiera sido útil y pertinente conocer el contexto en el que se ubican los versos comentados, para saber a ciencia cierta de qué hablan los personajes. Aun así, estamos ante una obra útil y extraordinaria, que, sin atenerse a un método único, se propone señalar los lugares oscuros que han pasado inadvertidos a los editores de las comedias o que no han alcanzado a resolver con completa certeza. Su intento, en verdad valioso, enriquece y multiplica el sentido de los versos y profundiza en el conocimiento del género y aun de toda la literatura del Siglo de Oro. Habrá quien considere que Corredoira se limita a puntualizar la tarea realizada por otros o que juzgue erróneas algunas y aun muchas de su apostillas, pero, a decir verdad, esta *Comedia auriburlesca* es un soplo de aire fresco en los estudios filológicos, acaso porque viene desde fuera del entorno académico y está es-

crita sin miedo al traspie —que, a mi particular juicio, los tiene—, con libertad e inteligencia, arriesgando en lecturas que solo aspiran avanzar en el conocimiento. Bienvenidos sean estas postilas y su autor.

Luis Gómez Canseco  
Universidad de Huelva